

Martha.— (*Al Hijo.*) Tu mano es maldita, como la de Edipo rey, porque si no mataste a nuestro padre, sí lo trepanaste.

Hijo.— ¡Fue la infección y al sacarle la válvula, lo dejaron, dormido!

María.— ¡El bello durmiente, pero lo puede besar una princesa... (*Lo besa.*)

Hijo.— Lo convertirás en sapo. (*Solo el hermano ríe.*)

Martha.— O cadáver. ¿Esto es lo que quieres?

Hijo.— Es imposible detener al andariego.

Martha.— Inmovilizaste al caminante y, además, silenciaste su palabra que era perfecta. ¡Eres un parricida!

Hijo.— ¡Pero papá está vivo!

Martha.— Vivo pero inmóvil. Yo quiero a mi padre vivo renegando, soñando con imposibles, cambiando muebles. ¡No lo quiero inmóvil, como un ángel de mármol sobre su tumba. ¡Lo necesito vivo! ¡Devuélveme a mi padre!

Hijo.— ¿No te das cuenta que somos sus herederos?

Martha.— Heredamos tan poco de su genio. María heredó su eterna esperanza; yo su deseo de perfección; y tú absolutamente nada. Un hombre pequeñito queriendo robar las últimas monedas a un moribundo. ¡No, yo no dediqué mi vida para que llegemos a esto!

Hijo.— (*Burlesco.*) La virgen fuerte.

Martha.— ¿Y para qué? Para salvar de la sofocación a nuestra madre y del hundimiento a nuestro padre. Mientras que ustedes dos han sabido gozar de la vida. Para eso fui doncella sin galán, y mujer sin gozo y ahora seré vieja sin madriguera. ¡No, no acepto este final! El mejor escritor del país es silenciado por su propio hijo, y la vida de la hija se pudrirá porque su sacrificio no sirvió para nada. No, hermano, yo no acepto que mi madre enviude de un hombre común y corriente y que nos quedemos sin padre para tener una cuenta bancaria. ¡Yo lo volveré a la vida!

Hijo.— Ni Dios podría.

Martha.— Para Dios no hay imposibles, lo que tiene que ser, será. Vivirá un mes o una centuria, pero lo quiero vivo como genio, no como nosotros que somos estúpidos, pero al menos las mujeres tuvimos el olfato de las bestias para identificar la luz en medio de la oscuridad. Ciegas no fuimos, aunque videntes, tampoco. Fuimos hijos del peor de los padres y del mejor de los poetas. ¿Qué hubieras preferido ser hijo de Cervantes o del último de los parias?

Hijo.— *(No entendió las sutilezas del parlamento anterior.)* Yo no soy ningún paria.

Martha.— Lo máximo que posees es la herencia de nuestros genes. Por tus espermatozoides corre la genialidad, pero tú te salvaste y fuiste un hombre común.

Hijo.— ¡Pero yo pienso!

Martha.— Falso. Solamente existes. *(El hermano guarda silencio.)* ¡Muévete, apabúllate, enójate o desaparece!, pero lo que es, será. Tú le taladraste el cerebro a nuestro padre toda la vida, metafóricamente hablando, porque no fuiste el hijo que él soñaba. Pero al final lo lograste trepanar, no para que tú fueras genio, como Edipo que mató a su padre y fue mejor rey, sino para que él fuera un hombre corriente y común. Un donadie. ¿Qué logro has tenido al convertir al padre en un imbécil, en una planta, en alguien como tú? Dicen que los hombres y las mujeres provenimos del chango, pues tú lo has involucionado, lo llevaste hasta el perejil o el césped. Y hasta ahí nos obligas a ir.

Hijo.— Pero es que...

Martha.— *(Cortando.)* Todo hombre y toda mujer tienen que tener cinco dedos de frente. *(Expresa con ademanes el parlamento siguiente.)* Con el primero conoce; con el segundo, piensa; con el tercero, comprende; con el cuarto, duda; y con el quinto crea. Tú nunca pasaste del primer dedo, conocer. Nunca conociste a tu padre. Yo he dedicado cuarenta años para conocerlo, y nunca lo he comprendido. ¿Para qué mover los muebles cada dos meses para crear una nueva escenografía? ¿Para qué amar a una mujer y procrear tres hijos, sin darles la chispa divina de la creación?

Hijo.— Yo valgo tanto como él. He sido mejor padre que él y no conozco más mujer que la que Dios me dio... ¡y no vivo de sueños!

Martha.— Te definiste como un cero a la derecha, que vale tanto como un cero a la izquierda. Yo he leído y comprendido la obra de mi padre, y tú lo que más admiras de él, son sus libros, los propios y especialmente los antiguos. Ambos los robas, los viejos los vendes, eso es comprensible, los primeros lo ves y también los vendes, con su firma o sin ella, para ti valen como documentos de papel fino, pero ambos son ilegibles para ti. Tú nunca podrás comprender uno de sus libros, pasaste tus ojos sobre cada letra, pero fuiste ciego, creíste leer entrelíneas pero reparaste en las líneas, sabes leer, pero no sabes leer.

El hijo saca un documento del bolsillo delantero de su saco.

Hijo.— Si sabes leer tan bien, pues lee.

Martha.— *(Toma el papel y lo lee.)* No entiendo.

Hijo.— Dices que eres inteligente y no entiendes. Es una orden judicial para declararlo senil.

Hijas.— ¡No!

Hijo.— Está seco, como tronco muerto.

Martha.— ¿Quieres declarar a tu padre incompetente porque no puede escribir ni su nombre? (*Él asiente.*) ¿Infirmante? (*Asiente.*) ¿Loco? (*Con mayor entusiasmo asiente.*)

Hijo.— Siempre lo estuvo.

María.— Nunca estuvo loco, siempre tuvo un lugar especial, se lo dieron los académicos y más de un presidente.

Martha.— Su cerebro—ese cebo que casi todos tenemos aquí arriba, menos tú—fue materia creativa. Creó las palabras, creó como Adán la manera de llamar las cosas y los animales. No solamente creó las palabras, sino creyó en ellas. Cuando él me llamaba, no pronunciaba mi nombre, sino clamaba por todas las Hijas del mundo, pero sólo yo ocurría. Creó las palabras, pero con sólo palabras no se puede crear un hombre. Dios mintió cuando dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”, y no dejó al hombre terminado, y ninguno de los dos sospechó lo que iba a ser una mujer. Tuvieron que corregir los hechos y Dios le sacó una costilla a Adán dizque para crear a la mujer, un consuelo para su soledad, pero era para corregir la creación, ¿Cuál era la soledad? La de Adán o la de Dios, porque después el hombre tuvo compañía y Dios, soledad. Dios creó la estirpe del desencanto, mujeres procreando hijos para los hombres, pero no procreando hijas para las mujeres. La Biblia casi ni las nombra. Hasta que hoy, yo —una virgen— he creado al género humano. Mujeres gestando mujeres, en la oscuridad o en la luz, que a su vez procrean mujeres. Si nos nacen hombres, los ahogamos en un cubo de agua, como perritos al lado de perra paridora; si nace perra, salvada; si nace perrito, pues a nadar, si sobrevive es fuerte y merece vivir, pero si es débil, pues que se hunda.

Hijo.— Palabras, palabras, eres como mi padre, sólo palabras.

Martha.—. En un libro sagrado de los indios, cuyo nombre mi padre lo tiene guardado en su cerebro silenciado, dice que la única diferencia entre las víboras y las palabras, es que las víboras a veces pican y las palabras, siempre. Yo tengo cuarenta años de ser mordida por la serpiente del paraíso. Me muerde el cerebro [Aterrizamos], me chupa el ombligo, me besa las piernas, pero nunca ha posado sus colmillos en mi vientre. Las palabras no penetran, no hacen seña, muerden los labios, pero no la vagina. La vagina habla, tiene labios, tiene fruto. Yo tengo cerebro, ¿Y qué dice? Que lo incontable puede ser narrado, que lo insondable, puede ser escrito. Que la mujer, ¡somos la palabra! Tu padre no morirá del todo porque yo tengo sus genes, ¡no tú, hijo más que prodigo, sino yo! *Ecce ancilla Domine*. Si nuestro padre hablaba francés en medio de cualquier frase, ¿porque no voy a hablar latín? Las únicas palabras divinas que conozco ¡Soy una hija de la chingada, pero también una hija de perra! De perra brava, antes muerta que permitir que manches con un papel judicial la memoria de mi padre... y de mi madre. En la familia lo que no se tuvo, no se puede exigir, y lo que se tuvo, fue nuestra única herencia, sólo palabras, las que pasarás a tu hijo varón cuando lo puedas tener. Palabras que en mí se secarán cuando mi última menstruación se haga desierto.

Hijo.— ¡Estoy harto que imites la forma de hablar de mi padre!

María.— ¡Dejen de discutir! (*María se aísla de la discusión siguiente, mientras refresca con un pañuelo húmedo la cara y el cuello de su padre.*)

Martha.— En el principio Dios creo la palabra...

Hijo.— Y la palabra se hizo carne entre nosotros. Eso se lo oí decir a él muchas veces y nunca le vi sentido.

Martha.— Hermano, lo único que nuestro padre puede heredarnos es la palabra. No hay dinero que la compre, y si alguien lo quiere comprar, lo que compra es la envidia. Con una palabra Dios creo al hombre “efeta”, hágase. La virgen dijo sí para poder ser madre de Dios. Todos sabemos que Jesucristo murió diciendo siete palabras. Los ricos cuando mueren dejan riqueza y algunos deudos. Nuestro padre nos hereda, no el reino de los cielos, sino el reino de la palabra, que es aún mayor. Amamos con la palabra porque la palabra besa y muerde. Y todo lo malo de la historia parte de no saber hablar, guerra por falta de palabras, y morimos porque exhalamos el último suspiro sin decir palabra. (*Llora.*)

Hijo.— (*Fatuo.*) ¡Yo no sé hablar y nunca aprendí a escribir bien, pero no lo he necesitado!

Martha.— Nuestro padre está casi muerto y ya no hablará más, su palabra ha sido suspendida, a la mitad de un concierto y ya no habrá aplauso. Sólo silencio. Pero ese silencio es nuestra oportunidad de hablar. Nuestro padre llenó todos los espacios, no hubo espacio para la mujer, ni para el primogénito, ni para la hija. Pero ahora su mudez es muerte. Yo nunca aprendí a decir no o a decir sí. Pero de ahora en adelante sólo pronunciaré un continuado y esperanzador sí.

Hijo.— No te entiendo. No eres alguien. Siempre serás nada. La tía que no se casó por cuidar a los abuelos. Él te sorbió la vida como se chupa el néctar de una flor, un día de vida con una gota de dulzura. A mí él no me dejó ser. Fue mucho para mí, lo reconozco. Si hubiera sido futbolista, a los veinticinco años hubiera estado acabado; a los cuarenta si hubiera sido actor; a los cincuenta, si político y a los sesenta, si empresario. Pero fue escritor y los escritores son eternos, aun después de que la guadaña pone su fin.

Martha.— (*Sinceramente sorprendida.*) Nunca te escuché hablar así.

Hijo.— Porque sólo tuviste oídos para él.

Martha.— (*Con inmenso dolor*) Ahora se acabó su show y comienza el nuestro. Mientras podamos firmar por él, sobreviviremos. Pero el día que muera. Yo seré simplemente huérfana porque el dinero nunca me ha importado, pero tú serás primero pobre y después huérfano. A los escritores se les entierra en la rotonda de los hombres ilustres, pero no en las volutas de los bancos. Nuestro padre ganó mucha plata, para la poca tinta que utilizó porque escribió poco, aunque mágicamente. Tú debiste ser líder sindical o jefe de aduana, labores inferiores, cuando más chofer de político.

Hijo.— ¡Tú ni eso!

Martha.— Yo un día me di cuenta que podía hacer muchas cosas, pero solamente una perfecta: una hija tan buena como no la hay en la Biblia. Pronto ya no podré ayudar a mi padre, pero aún no termino de ser el bastón de mi madre.

Hijo.— ¿Mi madre o nuestra madre?

Martha.— La paternidad y la maternidad se dan, pero la filiación se gana palmo a palmo, con interminable sufrimiento..

Hijo.— *(A gritos.)* ¡Yo he sido un buen hijo!

Martha.— ¿Cómo? ¿Con falsos papeles para darlo por muerto antes de que Dios se lo lleve?

Hijo.— ¡Antes te soporté porque estaba papá, pero ahora nada me detendrá!

Hija.— Antes no pudiste porque estaba él, y ahora no podrás porque estoy yo.

Toma la hija el documento y lo rompe ante los ojos estupefactos del hermano.

Martha.— ¡Ahora sabrás quien manda en la familia!

El hijo se lanza sobre Martha y la abofetea. El alboroto es grande.

María.— ¡Mamá! ¡Mamá!

Entra la madre.

Madre.— ¿Qué pasa?

Hijo.— Nada, mamá. *(Recoge los trozos del documento.)*

Madre.— Las voces se oían tan altas, que creí que había muerto.

María.— No, duerme.

Madre.— Tu padre decía que hay una obra que se llama *La vida es sueño*. Ese hombre que fue su padre *(La hija niega con la cabeza)*, no fue mi pariente, fue un hombre que conocí en un baile. Yo un día comprendí que me había casado con un trompo, porque giraba y giraba, pero estaba equivocada, porque comprendí que me había casado con un cometa porque volaba y volaba. No sabría decir si yo agarraba los hilos, o estaba colgando de uno. Un día no hubo más hilo. Se fue a volar creyendo que era cóndor. Pocos han volado tan magníficamente. *(Mira al cenit vacío.)* Pronto perdió la vista, se volvió miope, pero creyó que era porque volaba más alto. Después fue perdiendo plumas, una a una. Se le cayeron

las garras y el pico, y ahora está ahí esperando sobrevivir el último aterrizaje. (*Mira al nádir vacío.*) ¿Saben qué me sostuvo cerca de él? No estar tan cerca que me quemara el sol, como le pasó a Faetón en la historia que contaba tu padre. Pero tampoco estar tan lejos que no pudiera recoger a la gaviota del ala rota. Él siempre persiguió lo imposible, quiso escuchar lo inaudito y comer lo improbable. Persiguió la belleza de la palabra, primero escribiéndolas, después eso no le bastó, tuvo que comerse las palabras, o más que comérselas, escupirlas hablando a todas horas. En todos estos años yo no he hablado ni escrito una palabra, pero he imaginado que cohabitaba con un ser imposible, no con un hombre, sino con un unicornio. Tu padre acechaba la palabra hasta quererla corporeizar. Yo tenía mi unicornio vivo, díscolo y entrañable, pero mío. Una bestia inefable para mi jardín interior. (*Llora.*)

María.— Mamá, nunca te había visto llorar.

Madre.— (*Perdiendo el aliento.*) Sentí de pronto como un desasosiego, el alma se me fue en pleno. (*La madre mira al Poeta, quien había muerto hacía unos instantes.*) ¡Está muerto!

Las hijas se aproximan al inmóvil poeta y gimen con dolor.

María.— ¡Papá!

Martha. — ¡Papá, ya nos abandonaste!

Madre.— Perdieron a su padre y pronto perderán a su madre. Vivía para él, aunque no quisiera. Él me quería a su manera. Me amó más que ninguna mujer, pero nunca me amó más que a todas. Exigió lo que no proveía. Ahora se ha ido. Viuda y huérfanos quedamos de quien nos quiso mucho a su manera. Más amaba hablar que recibir el amor que le ofrecimos sus interlocutores. Voló al recinto de Dios, y yo no lo voy a dejar sólo allá arriba... o en las profundidades del infierno. ¡Hijos, organicemos el mejor de los funerales! Ha muerto su padre, el poeta nacional, aunque siempre nos mantuvo en la miseria y nada habrá que heredemos. La muerte de los grandes es exactamente igual a la muerte de los mínimos. (*Pausa.*) Poco tiempo me queda. Murió él y pronto moriré yo. Palabras fuimos y en polvo de palabras habremos de convertirnos. ¡Polvos que fueron sacros y polvos que fueron paria regresarán al caos que nos rodea, conjuntados y revueltos, lo mismo da!

Con inmenso cariño la madre besa la frente del cadáver del Poeta. Las hijas se acercan a su padre y lloran en silencio. El Hijo permanece de pie y en actitud retadora. La luz se va extinguiendo hasta que se hace el oscuro. Fin del Tiempo Segundo.

Tiempo III “Resurrección”

Desde la muerte del Padre han pasado varias semanas. La sala está llena de cajas que avisan una mudanza. Únicamente el sillón —ahora vacío— está posicionado exactamente en el mismo lugar.

Martha.— El sillón no estaba allí.

María.— La verdad es que movimos tantas veces el acomodo que no lo recuerdo.

Martha.— Tenemos que dejarlo con precisión donde estaba.

María.— Da igual.

Martha.— (*Subrayando.*) A mí no me da igual. Quiero verlo por última vez exactamente como cuando murió. Acaso así podamos disolver el mal augurio que ese día aquí se forjó. Fue entonces cuando tomamos la vereda equivocada, debemos regresar atrás al punto del desconcierto y romper el hechizo que nos robó a nuestro padre.

María.— Nos duele su muerte, pero ya nada podemos hacer.

Martha.— Movimos todo para poner su féretro, aquí lo velamos y ahora hay que poner nuestro universo en equilibrio.

Toma el sillón con ambas manos y lo desliza hasta el centro, de manera que el mueble quede frente al público.

María.— (*Arreglando el empaque en las cajas.*) ¿Qué vamos a hacer sin papá?

Martha.— Tú y nuestro hermano, lo mismo, pero ahora sin dinero.

María.— ¿Y tú?

Martha.— Cuidaré de mamá.

María.— Me refiero a tu vida. Has vivido demasiados años cuidando a otro. ¿Cuándo vas a ver por ti?

Martha.— Cuando papá vivía, estaba conforme con mi vida, pero ahora no sabría qué decirte.

Se abre la puerta principal y entra el hijo.

Hijo.— ¿Moviendo los muebles otra vez? (*Ríe burlesco.*)

Martha.— Queremos poner el sillón como la última vez.

Hijo.— Creo que está demasiado cercano.

El hijo intenta moverlo y Martha se lo impide.

Martha.— ¡Déjalo como está!

Hijo.— ¡Así no estaba!

Martha.— ¡No te atrevas a moverlo!

Hijo.— No sólo lo moveré, sino que de ahora en adelante yo mandaré dónde se ponen las cosas.

Luchan los hermanos y triunfa el varón. Martha ha caído al piso. María acude al auxilio de su hermana.

María.— ¡No veo la necesidad de tanto alboroto!

Hijo.— Entiéndanlo de una vez por todas. Ahora soy el hombre de la familia.

Martha.— ¿Y nos vas a mantener?

Hijo.— Todos dispondremos de lo que dejó papá.

Martha.— ¿Y seguirás llevándote los libros valiosos y robando las botellas de vino?

Hijo.— Ustedes ni leen, ni beben.

María.— Lo único de valor que dejó nuestro padre, es la biblioteca.

Martha.— Y los derechos de autor.

Hijo.— Lo que sea, será de todos, pero yo lo administraré.

Martha.— ¡No lo harás!

María.— ¡No hay para qué discutir! No hay dinero, ni testamento.

Hijo.— La última voluntad de nuestro padre fue que cuidáramos de mamá, lo demás nada importa.

Martha.— ¡Tú trajiste a esta casa la tentación maléfica! ¡Tú convenciste a mamá!

Hijo.— Así lo quiso Dios.

Martha.— ¡No, tú primero lo inmovilizaste y, ahora, quieres tomar el control! Pero no te dejaré. En esta casa viviremos como si papá no hubiera muerto. Pensaremos que se fue a un largo viaje a... Nínive, o más lejos.

Hijo.— Estaba enfermo y la ciencia médica no pudo salvarlo.

Martha.— ¡Tú lo embaucaste! No estaba tan enfermo.

Hijo.— Tuvo los mejores médicos.

Martha.— ¡Pues no fueron suficiente!

Entra la Madre. Su desarreglo personal es notorio, viste una bata casera y pantuflas.

Madre.— Nada fue suficiente para él.

Hijo.— ¡Mamá!

Madre.— Nada le bastó. Siempre quiso más. Cuando nos casamos, éramos un par de provincianos. Él podía haber sido maestro, o hasta presidente municipal de su pueblo, pero no, él quería ser escritor. Luego fue escritor, de renombre, entonces decidió ser el poeta nacional, y lo fue, y quiso más, quiso pasar a la fama, tuvo aquel programa televisivo nacional, y al final quiso todo, y todo lo tuvo y todo lo perdió. Ya no salió en televisión, le molestó la fama y regresó a su pueblo, dejó de escribir, y al final, dejó de hablar y de moverse. Perdió todo, menos a nosotros... (*El Hijo se sienta en el sillón del padre.*) No puedo recordarlo vivo. Cuando estaba inmóvil, sentía que su figura viva se había borrado de mi memoria, como si siempre hubiera estado así.

Martha.— Mamá, ¿cómo pudiste convivir con papá?

Madre.— Porque en el fondo era un niño, un niño anciano.

Martha.— ¿Cómo pudiste perdonarlo?

Madre.— Perdonar es fácil cuando no se acumulan los agravios.

María.— Mamá, ¿Y las otras?

Madre.— Fueron muchos perdones, al principio con dolor, luego con escepticismo. Un día decidió casarse con una, y yo no le negué el divorcio.

Martha.— No lo sabía.

Madre.— Eran ustedes niños. Yo les dije que su padre se había ido de viaje, y ustedes lo creyeron.

María.— ¿Y por qué regresó?

Madre.— Por los mismos motivos porque se fue. Un día se presentó con sus maletas y me dijo: “¿Te quieres casar conmigo nuevamente?” Y yo contesté: “Lo que Dios une, nadie lo puede separar.”

María.— ¿Y se volvieron a casar?

Madre.— Claro.

María.— (Sonríe.) Eso sí que es una historia de amor.

Martha.— ¿Cómo pudiste aceptarlo?

Madre.— No fue virtud, ni tampoco amor. yo siempre supe que un día me iba a abandonar, como también supe que él iba a regresar. Él decía que nuestro matrimonio era místico. Era maldito y bendito, simultáneamente.

María.— Ahora eres una viuda literaria.

Martha.— Como Clarita, la viuda de Rulfo.

Hijo.— O Kodama, la viuda de Borges.

Madre.— Por tu padre conocí a todos los grandes escritores de Latinoamérica. La mayoría estaban solos y sobrevivían a la deriva. Unos pocos tenían anclas en una mujer. Para su padre yo fue el ancla de su vida.

Martha.— ¿Sabes qué te reprocho, madre?

Madre.— ¿Qué?

Martha.— Que siempre favoreciste a los hombres, a nuestro padre y a nuestro hermano. ¡Míralo ahora! Sentado en el trono. Los reyes de la casa.

Hijo.— Yo siempre fui bueno con mamá.

Martha.— Nosotros nunca importamos nada.

María.— A mí nada me hizo falta.

Martha.— ¡Claro! Como tienes el don de escuchar, mi padre hablaba contigo las horas. Y a mí me hablaba cuando me recriminaba algo. Tú, mamá, fuiste igual.

Madre.— Estás en un error. Yo no tuve favoritos. Lo que pasa es que amarlos a ustedes fue fácil. Se dejaban querer. Pero tú, hijo, hay que quererte mucho para no dejar de quererte. Tú saliste poquitero en el arte de vivir. Con poco te conformas. Nunca podrás llenar ese sillón.

El hijo se incorpora como impulsado por una descarga eléctrica. Su expresión de ira es notoria. Dice su último parlamento mientras inicia mutis.

Hijo.— Tus palabras son hirientes, pero recuerda que también para ti soy el hombre de la casa.

Madre.— Nadie sustituirá a tu padre. Vive tu vida y haz lo tuyo, que bastante camino te queda por andar. Yo te acepto y te quiero como eres, gratuitamente. Nada has cosechado. Ahora es tiempo de buscar merecimientos.

Hijo.— ¡Muera el rey, que viva el rey!

El hijo sale dando un portazo.

Martha.— ¿Y yo? ¿Qué significado para ti?

Madre.— Una incógnita, ¿por qué una hija tan parecida a su madre... no la puedo querer?

Martha.— A mi manera, yo te quiero, mamá.

Madre.— Yo creo en el placer de servir, y tú también, pero no sabemos demostrar nuestro cariño. Aprende de María, ella sí sabe dar amor.

María.— (*Asiente.*) Si no me dan cariño, lo arrebato, pero sin cariño no me quedo.

Martha.— Por eso te prodigas en tantos amores.

María.— Es mejor amar a muchos, que construir una burbuja de soledad como tú.

Martha.— No te bastó un marido, amén de otras entretenciones.

María.— No me importa que hables de eso frente de mamá, a ella le cuento todo. No es como papá, que había que decirle lo que quería oír. Era la única forma de poder relacionarse con él.

Madre.— Martha, hace un momento me preguntaste que cómo pude perdonar a tu padre. Les voy a contar un secreto. Cuando el número de sus desatinos era mayor de lo que podía digerir, en las madrugadas me sentaba a pensar frente a su sillón. Una noche cuando estaba ebria de mis pensamientos, sentí una presencia extraña. En la penumbra descubrí que en el sillón estaba un animal doméstico, blanco, primero pensé que era un gato, pero después vi que era un ser maravilloso, un unicornio. Me miraba con ojos de ternura que solicitaban amor. Si me acercaba, desaparecía; cuando se desvanecía su imagen, parecía que se refugiaba en mi conciencia, porque desaparecía el laberinto de las palabras y ya no había rencores para seguir rumiando. Cuando perdía la concentración, el unicornio se esfumaba, todo regresaba a la normalidad, pero yo conservaba ese profundo sentimiento de sosiego. Luego me abrumaban los recuerdos tristes y tenía que buscar a mi unicornio. Cuando lo llamaba, no aparecía; cuando dejaba de citarlo, me sorprendía con su presencia. (*Mira a la hija.*) Martha, por eso pude perdonar, y por eso hoy me siento en paz.

María.— ¡Yo quiero ver al unicornio!

Madre.— ¿Ahora? (*La hija asiente con fuerza.*) Está bien, apaga la luz. Siéntate frente al sillón de su padre y trata de concentrarse.

María apaga la luz. En la penumbra mágica, las tres mujeres contemplan el sillón vacío.

Madre.— Guarden silencio y llamen al unicornio con sus voces interiores.

La escena queda detenida. Ninguna de las mujeres se mueve, Una luz tenue ilumina el centro del sillón, su intensidad fluctúa levemente. Un sonido minimalista, como de lluvia, y una flauta embrujan la escena. La luz se opaca y el sonido desaparece. Regresa la luz tintineante y el sonido casi monocorde. Desaparecen de nuevo. Por medio de proyección — en el futuro de un holograma— irá apareciendo un unicornio parpadeante. Es móvil, mira a la madre, luego a María, pero nunca mira a Martha. Llega incluso a mirar al público. Martha contempla con desagrado las expresiones faciales de su madre y de su hermana. Repentinamente Martha se incorpora, golpea el sillón hasta que queda ladeado. María enciende la luz.

Martha.— (*Furiosa.*) ¡Mentiras! ¡Esto es falso! ¿Cómo se atreven a mentirme de esa manera?

María.— ¡Pero yo lo vi! Yo vi al unicornio.

Madre.— Yo también, y me miró con ternura.

Martha.— ¿Han perdido la razón?

Madre.—Hija, todos estamos alterados. Mañana nos mudaremos. Nunca volverá a existir este espacio. En el nuevo departamento, no habrá lugar para este sillón, habrá que venderlo como tantas cosas.

Martha.— Perdón, mamá, pero nunca me había sentido tan sola. Vi sus rostros transfigurados por la visión. Yo estaba aquí, pero como si estuviera en otros espacios... como si me hubiera muerto.

Madre.— ¡Tu padre decía que los antiguos deseaban... alcanzar el unicornio! El unicornio es el único animal que no puede vivir en cautiverio. Tu padre era un unicornio. Yo intenté domesticarlo... Dicen que únicamente una doncella puede cazarlo. Yo nunca logré atraparlo, pero aprendí a amar a mi unicornio.

María.— Mamá, tus palabras son hermosas.

Madre.— En este hogar, fuimos bendecidos con el dios de la palabra. Tú padre escribió realismo mágico y habló como profeta. Algo le debo de haber aprendido... Hay que ir a dormir, mañana acabaremos de quitar la casa.

La Madre besa a las hijas y hace mutis. Por su andar y su expresión corporal, por primera vez la vemos extremadamente vieja.

María.— ¿Quieres que me quede a dormir contigo?

Martha.— No hace falta. Vete ya.

Las hermanas se besan con amor. Sale María. Martha arregla algunas cosas. Apaga la luz. La escena queda en oscuro por un instante. Una penumbra mínima aparece como si nuestra pupila se adaptara. Martha se dirige hacia donde salió su madre. Se detiene. Piensa. Regresa. Va a la silla en donde estaba sentada su madre hace unos minutos. El sillón del Poeta está de espaldas al público. Martha se concentra. Sus voces interiores llaman a su padre. El sillón se moviliza y gira pausadamente. En el sillón está sentado el Padre. Sus ojos abiertos y su posición erguida e inmóvil, lo hacen parecer una estatua. Cuando la figura del padre ha quedado frente del público, un rayo cenital, mágicamente azul, baña de luz al Padre. Éste se levanta e inicia su parlamento final. Martha contempla gozosa el milagro.

Padre.— *(Habla y mira al vacío escénico. Nunca se dirige a la hija.)* Qué irónico es que cuando aprendemos a vivir tenemos que morirnos. Mejor sería nacer ancianos y recorrer la vida hacia atrás, y gozar de la juventud con los ojos del hombre maduro, y luego despedirnos de la vida en la infancia maravillosa, y entrar en el útero materno y desaparecer.

Su cuerpo es misteriosamente vital. Deambula con movimientos energéticos.

Padre.— Hay dos cosas en la vida que nadie enseña: Amar y morir. No existe la universidad de la Muerte. Así como somos torpes con el primer amor, así somos torpes con nuestra primera y única muerte.

Morir no es un evento instantáneo. Ya lo viví. Duramos en desaparecer. Nunca volveré a hojear mis queridos libros. Nunca moveré otra pieza de ajedrez. No volveré a escribir una línea. Ahora fue jaque mate al poeta. Me mataron la palabra. No volveré a besar a mis hijos, ni a mis cinco nietos. Ahora quisiera haber sido más cariñoso con mi esposa. Aunque quise recorrer caminos dulcísimos, en mi vida siempre sembré amargura.

A María le heredaré mi ansia de vivir... Al torpe de mi hijo, le legaré un poco de mi audacia para que aprenda a ser feliz... *(Por primera vez mira a la hija.)* Y a Martha, la que fue mi báculo, a la que le viví su vida sin que profiriera una queja, a ella le daré toneladas de agradecimiento. Gracias, hija, porque mi felicidad fue tu felicidad, y ahora tengo la certeza de que tu propio sendero te conducirá no sólo a seguir dando amor, sino también a aprender a amarte.

El Padre se acerca a la Hija con pasos lentos, que van cambiando de ser humanos a ser animalescos. Su posición erguida pasa a ser cuadrúpeda. Parecería un animal que ronroneando se acerca a una doncella con la solicitud de miramiento.

Por mis venas la sangre se va quedando quieta. Mi corazón palpita en desconcierto como reloj descompensado.

La hija se sienta en el sillón y el Poeta acurruca amoroso su cabeza en el regazo filial.

Mi mente va perdiendo las ideas... Mis pensamientos se van convirtiendo en gaseosos, hasta suprimir las imágenes mentales.

La mano de la doncella palpa el único cuerno del unicornio, lo acaricia. Agarra con ambas manos la cornamenta y la troza. El sonido de un cristal que se quiebra. El unicornio boquea.

Han desaparecido las palabras... y será ahora... cuando tenga que... enfrentar... el Misterio.

La doncella se incorpora y con esfuerzo acurruca al animal herido sobre el sillón, lo recarga y lo acomoda hasta reproducir la posición mortuoria del final del Segundo Tiempo. La luz va desapareciendo con lentitud, hasta sólo dibujar en la penumbra, el rostro resplandeciente de Martha. La mirada de la doncella se observa místicamente transfigurada.

Martha.— Padre, adiós... Ahora me siento conforme con la vida. Estoy en concordia conmigo misma... porque he alcanzado mi Unicornio.

La última imagen conservada en la retina del público, es el cuerno resplandeciendo mágicamente entre las manos de la doncella. Oscuro total. Fin de la obra.

Buenos Aires y Mar del Plata, Argentina,
1-10 de febrero y 1-10 de agosto de 2004